

Iritzia

Behatokia

POR Koldo Mediavilla



Lección aprendida

Gure Esku Dago se quedó atrapada por la estrategia conjunta de EH Bildu y ELA. Reconocido el fiasco, he podido apreciar autocrítica en sus responsables. Y también cabreo

LAS discusiones entre padres e hijos en relación al orden constitucional familiar son como el primer estadio de lo que venimos a determinar generalmente como convivencia. ¿Quién no ha experimentado ese tira y afloja de establecer el horario de entrada a casa de los menores durante el fin de semana? “A las dos, como muy tarde”. “Para eso no salgo”. “Pues no salgas”. “Voy a ser el único. A los demás les dejan hasta las cinco”. “Pues tú te vienes antes”. “¿No querrás que venga solo a esas horas, no?”. “Pregúntale a tu madre”. “Yo no digo nada”. “Vale. A las tres”. “¿Que no he dicho!”... En una de esas disputas en la que los progenitores muchas veces nos quedamos sin argumentos (yo una vez negué a mi hija la opción de salir porque “hacía frío” como si no hubiera prendas de abrigo que lo mitigaran), solemos concluir por aplicar un 155 especial, que en nuestro caso es el artículo treinta y tres: “Porque lo digo yo y punto”. Así, en un debate acalorado y participativo y ante la perspectiva de que mis tesis comenzaran a quedar en franca minoría, sentencié: “¿Tú sabes lo que es la democracia?”, pregunté directamente a quien pretendía salir de verbeña. “Sí”, me contestó. “Pues bien –cerré la discusión–, democracia es lo que no hay en esta casa. Aquí se hace lo que mando”. Y me quedé tan ancho. Y no me hicieron, como siempre, ni pufitero caso. Así que, desde entonces, he

dejado de discutir. Voto y punto. Si gano, bien. Si pierdo –casi siempre–, también. Derecho a decidir.

El domingo pasado fui a votar. En el municipio en el que resido, la plataforma Gure Esku Dago (GED) había convocado a la ciudadanía a participar en un ejercicio práctico sobre el derecho a decidir. En otras muchas localidades vascas también se ponían urnas animando a las personas a engrasar la maquinaria democrática de consultas populares. Votar no hace daño a nadie. Al contrario, libera emociones y siempre es saludable. Cuando GED comenzó a dar sus primeros pasos, tuve dudas razonables sobre su neutralidad e intenciones. En un país como el nuestro, en el que en la vida política hemos visto casi todo y en el que ha habido agentes agitadores que no han dudado en vestirse de lagarterana para llevar el agua a su molino, es lógico proteger la inocencia con ciertas dosis de desconfianza.

La prevención es mayor si cabe cuando lo que se pide es la suma de voluntades, partiendo de la base de que “todos somos buenos”. Hacer una cadena humana fiándote de la mano de quien tienes al lado cuando quien te la ofrece bien te podía haber agredido en un pasado reciente no es plato de buen gusto para nadie. Esa susceptibilidad, provocada por años de violencia, de actos de intolerancia, de amenazas y de agresiones no es un invento. Existe y supone una barrera en la convivencia que, poco a poco, deberemos ir superando si queremos construir un nuevo país en plenitud y verdad.

De ahí se desprende que la intención de los promotores de Gure Esku Dago de favorecer un entendimiento transversal entre vascos que, más allá de la política, compartiese el derecho humano a decidir, resultara de difícil gestión. Sin embargo, poco a poco, y gracias al voluntarismo ciudadano y a la dedicación de sus principales impulsores, GED –Gure Esku Dago– se fue ganando un espacio bienintencionado de respeto y respaldo.

En lo que respecta al partido que represento, el PNV, en los últimos años hemos procurado dejar bien clara nuestra separación orgánica de dicho movimiento. Alguien lo ha interpretado como un gesto hostil. Al contrario. Creíamos y creemos que cualquier vinculación directa de un partido político con GED contaminaría a dicha plataforma haciendo que apareciera ante la opinión pública como una iniciativa sesgada al servicio de intereses partidistas. De ahí que animáramos a nuestra militancia a que, individualmente y de manera voluntaria, colaborara, quien así lo estimara, con GED. Pero no vincularíamos nuestras

siglas con las del movimiento social. Para no perjudicarlo. Por respeto y seriedad. Los movimientos sociales no se improvisan. Ni se inventan artificialmente. Su éxito radica en reflejar fielmente una demanda ciudadana. Una reivindicación transversal a las diferentes ideologías y propuestas políticas. Y el derecho a decidir se encuentra en ese ámbito. No es una pretensión de nacionalistas o soberanistas. Es simplemente un principio democrático.

Los nacionalistas vascos no somos autodeterministas. Nuestro desiderátum va más allá. Surgimos a la acción política reclamando un Estado vasco en el ejercicio de un sujeto político soberano llamado Euskadi. Y en ese empeño, desde una praxis posibilista y gradual, llevamos 122 años de dilatada trayectoria. El derecho a decidir es una formulación previa. Un mecanismo democrático de respeto a las voluntades de todos. Los que están a favor y en contra. Los que defienden la independencia de Euskadi o la unidad de España. Asestar ese principio en la colectividad vasca no es tarea baladí. Y ahí he de reconocer el papel de Gure Esku Dago. Pese a que las consultas populares impulsadas hayan obtenido una escasa participación del censo, su labor pedagógica y socializadora de este principio democrático ha resultado encomiable. Es en ese objeto social donde su actividad encuentra sentido. Fuera de dicho marco, el movimiento social sufre y debilita su credibilidad.

La situación política en Catalunya ha llevado a GED a impulsar, promover y participar en diversas movilizaciones. Siendo entendible la cercanía y solidaridad con lo que en Catalunya acontece, creo que ese nuevo activismo desarrollado ha sido una equivocación. Una posición errónea, sí; porque al hacerlo, y tal vez sin pretenderlo, Gure Esku Dago ha entrado en un terreno de competencia con los partidos políticos y sindicatos.

La aspiración de GED de convertirse en un punto de confluencia de todas las culturas democráticas se ha desvanecido al compor-

Su labor pedagógica y socializadora ha resultado encomiable. Es en ese objeto social donde su actividad encuentra sentido. Fuera de dicho marco, el movimiento social sufre y debilita su credibilidad

tarse como “uno más” de los convocantes. Especialmente grave fue el error de no advertir, en el caso de la última manifestación –la celebrada el pasado sábado en Bilbao– los reproches cruzados que las fuerzas convocantes hacían a un ausente PNV. Los nacionalistas no nos habíamos sumado a la marcha, pese a compartir lema y objetivo, porque desde un principio formaciones como EH Bildu y el sindicato ELA buscaron nuestra exclusión. El PNV había anunciado que en la reunión de su ejecutiva del lunes anterior valoraría sumarse a la movilización. Pues bien, para cuando el EBB comenzó su reunión, Otegi, Muñoz y otros portavoces –también el de GED– ya habían presentado a los medios de comunicación la convocatoria. Pese al desaire, el PNV no tomó aún una postura respecto a la cita. El encarcelamiento de los miembros del Govern mantuvo viva la posibilidad de que, finalmente, los jeltzales compartiéramos pancarta y marcha con las demás fuerzas contrarias a la aplicación del 155 constitucional. Pero, cuando no se quiere que estés, es mejor no estar.

La víspera del acto reivindicativo, el carácter unitario de la cita se quebró. Hasta la rueda de prensa anunciadora del evento se celebró en la sede de EH Bildu con su imagen corporativa presidiendo el acto. Y, lo que es más grave, desde las cocinas de la calle Barrainkua, donde el primer sindicato del país tiene su sede, se había elaborado ya el texto que el profesor Zallo leería en el ayuntamiento acabada la marcha. En el mismo se ponía en duda la viabilidad de la ponencia parlamentaria de autogobierno y la búsqueda de un nuevo estatuto, al tiempo que se reclamaba romper las relaciones institucionales y los acuerdos políticos que existieran en Euskadi tanto con el PP como con el Partido Socialista. Un mensaje diáfano con un único destinatario, el PNV. El partido “traidor” y “español” cuyos batzokis volvieron a verse atacados y pintados por los “defensores” de la libertad apenas veinticuatro horas después de la movilización bilbaína. Gure Esku Dago se quedó atrapada por la estrategia conjunta de EH Bildu y ELA. Su buenismo y voluntarismo fue utilizado –en el peor significado del término– por quienes tienen diseñada una línea de acción de enfrentamiento con el PNV.

Reconocido el fiasco, he podido apreciar autocrítica entre sus responsables. Y también cabreo por haberse sentido manipulados aunque eso al señor Muñoz le importe un bledo. Él va a lo suyo. Los demás, incluido GED, a lo de todos. Lección aprendida.